

NOVENA CUERDA:

NUESTRO CARISMA PARA LA IGLESIA

PASAJE BÍBLICO

Del Evangelio según Mateo (5, 17-26)

No piensen que vine para abolir la Ley o los Profetas: yo no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. Les aseguro que no desaparecerá ni una i ni una coma de la Ley, antes que desaparezcan el cielo y la tierra, hasta que todo se realice. El que no cumpla el más pequeño de estos mandamientos, y enseñe a los otros a hacer lo mismo, será considerado el menor en el Reino de los Cielos. En cambio, el que los cumpla y enseñe, será considerado grande en el Reino de los Cielos. Les aseguro que si la justicia de ustedes no es superior a la de los escribas y fariseos, no entrarán en el Reino de los Cielos.

Ustedes han oído que se dijo a los antepasados: "No matarás", y el que mata, debe ser llevado ante el tribunal. Pero yo les digo que todo aquel que se irrita contra su hermano, merece ser condenado por un tribunal. Y todo aquel que lo insulta, merece ser castigado por el Sanedrín. Y el que lo maldice, merece la Gehena de fuego.

Por lo tanto, si al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja tu ofrenda ante el altar, ve a reconciliarte con tu hermano, y sólo entonces vuelve a presentar tu ofrenda.

Trata de llegar en seguida a un acuerdo con tu adversario, mientras vas caminando con él, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al guardia, y te pongan preso. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último centavo.

El pasaje forma parte del discurso inicial del Sermón de la Montaña, el primero de los cinco discursos de Jesús propuestos por el evangelista Mateo; muchos comentaristas ven una simetría con los cinco discursos de Moisés en el libro de Deuteronomio. Jesús es el nuevo legislador, en él se cumple la nueva alianza y de él nace un nuevo pueblo.

A pesar de ello, es Jesús mismo quien se sitúa en continuidad con el Primer Testamento y con la legislación mosaica: nada nuevo en la forma, pero plenitud y cumplimiento en la respuesta. Creer no es observar una ley, sino adherir totalmente al Reino de Dios y a su lógica.

Es evidente el rechazo a una religión casi mercantil basada en el *do ut des*: me comporte bien, así, ¡Dios mío, dame el premio! En cambio, Jesús propone la religión de la fraternidad universal: solo podemos ir al cielo juntos, asumiendo las cargas los unos de los otros y haciéndonos compañeros de escalada.

Ser signo de reconciliación no es la búsqueda de un pacifismo lleno de compromisos o una bandera porque está de moda; el creyente es signo de reconciliación porque necesita de los demás, porque es consciente de que su ofrenda en el altar estará vacía y sin sentido si la hace solo, o peor en desacuerdo con otros hermanos. La gran oración de intercesión del Padre Pío no es el gesto titánico de quien quiere obtener algo de Dios levantando las manos, sino el gesto de Moisés que se siente parte del pueblo y por la victoria de este pueblo levanta las manos hacia el cielo y pide a los demás que lo apoyen en oración de intercesión. El Padre Pío pensó en los Grupos de Oración como aquellos que apoyan y siguen apoyando su misión como "Samaritanos de la humanidad" a lo largo del tiempo y de la historia.

ESPIRITUALIDAD

De una carta de Padre Pío a padre Benedetto (Ep. I)

Todo se reduce a esto: estoy devorado por el amor de Dios y el amor al prójimo. Para mí, Dios siempre está fijo en mi mente e impreso en mi corazón. Nunca lo pierdo de vista: tengo que admirar su belleza, sus sonrisas y sus desconciertos, sus bondades, sus venganzas o más bien el rigor de su justicia.

Imagínense con toda esta privación de la propia libertad, con toda esta atadura de fuerzas tanto espirituales como corporales de qué sentimientos la pobre alma es devorada.

Créame también, padre, que los arrebatos, en los que a veces he caído, están motivados precisamente por esta dura prisión, llamémosla incluso afortunada. ¿Cómo es posible ver a Dios que se entristece ante el mal y no entristecerse del mismo modo? ¿Ver a Dios que está a punto de descargar sus rayos y que, para pararlos, no hay otro remedio que el de alzar una mano y detener su brazo y dirigir la otra, agitándola, al propio hermano, por un doble motivo: que abandonen el mal, y que se alejen, y de prisa, del lugar donde están, porque la mano del juez está para descargar sobre ellos? Pero créame también que, en ese momento, mi interior no está en absoluto oprimido o alterado. No siento otra cosa que la de tener y querer lo que Dios quiere. Y en él me encuentro siempre en paz; al menos en mi interior siempre; por fuera con frecuencia un poco incómodo.

Y ¿por los hermanos? ¡Ay! Cuántas veces, por no decir siempre, me toca decir a Dios juez con Moisés: o perdonas a este pueblo o bórrame del libro de la vida.

¡Qué triste es vivir de afectos! Hay que morir en cada instante de una muerte que no hace morir sino vivir muriendo y muriendo vivir.

Los dones recibidos

La oración de los Salmos está atravesada por un sentimiento de profunda contemplación del obrar de Dios: El creó al hombre por amor, poniéndolo en el centro de la creación; El lo bendijo con una descendencia, una tierra, la riqueza y la longevidad. Los Salmos cuentan que a menudo la fe del creyente es puesta a prueba, pero luego viene la justicia, la liberación, la salvación, porque dice el Señor por boca de Isaías: «¿Se olvida una madre de su criatura, no se compadece del hijo de sus entrañas? ¡Pero aunque ella se olvide, yo no te olvidaré!» (Is 49,15). Incluso cuando el hombre se distanció de El, el Señor lo buscó, lo amó y lo perdonó:

«Aunque sus pecados sean como la escarlata, se volverán blancos como la nieve; aunque sean rojos como la púrpura, serán como la lana» (Is 1,18).

El Padre Pío contempla esta gran bondad de Dios que es capaz de sacar bien de las persecuciones que recibimos e incluso del mal que nosotros realizamos: «... si alguna vez te fuera necesario sufrir aflicciones, de cualquier especie que sean, asegúrate también de que, si amas a Dios de corazón, todo se convertirá en bien; y aunque no puedas entender de dónde procede este bien, entonces más que nunca debes estar segura de que vendrá sin más. Si Dios pone ante tus ojos el lodo de la ignominia, no es sino para devolverte una mirada más clara y para hacerte admirable ante sus ángeles, como un espectáculo digno y amable. Y si Dios te hace caer, es para conseguir en ti lo que realizó en san Pablo al hacerle caer del caballo. » Él sitúa estas reflexiones en un ámbito muy preciso: la invitación a una oración que nos haga testigos humildes de la gracia que Dios realiza en nosotros; por eso lleva el ejemplo de David y de Magdalena, que reciben el perdón desde la misericordia de Dios precisamente por su humildad.

Los primeros años de su actividad pastoral en San Giovanni Rotondo lo llevan a conocer de cerca precisamente los límites del consensuar juntos como comunidad de oración que luego constatamos también en nuestras realidades. A menudo llama la atención de las hijas espirituales sobre este aspecto y es importante que consideren que solo a través de la oración, la meditación humilde y constante de la pasión de Cristo y una paciencia guiada por el Espíritu, se puedan obtener mejoras con vistas a la santificación personal y al testimonio cristiano.

A una hija espiritual le indica un modo de rezar que la una al Esposo para luego hacerla cada vez más capaz de aceptar las contrariedades que encuentra en su vida: «Tú no podrías dar a Dios algo mejor que lo que sufres en el tiempo de aflicción, y ahora mi querida hija, tu amado es para ti un ramillete de mirra; no dejes pues de apretarlo fuertemente contra tu pecho. » "Mi Amado es para mí, y yo para él: Él estará

siempre en mi corazón". Isaías lo llama "hombre de dolores". Por eso él ama los dolores, y a los que los tienen» (*Ep. III*, p. 920).

El Padre Pío era muy concreto y conocía bien la psicología humana, por lo que se daba cuenta de que - junto a una oración intensa - era necesario cuidar la memoria. Uno de los instrumentos preferidos por el demonio, en efecto, es hacernos volver a menudo sobre los episodios del pasado, para renovar en nosotros los sentimientos de rencor y de rabia. Por eso aconseja a Nina Campanile, una de las primeras hijas espirituales que - como ella misma reconoce - vivía esos pequeños problemas relacionales: «Si quieres protegerte de la culpa y no ver derrumbarse miserablemente, hija mía, el gran edificio espiritual que Dios está levantando en ti, desprecia lo que crees que ves, porque es obra del enemigo, y es mentira. No te molestes, piensa en lo alto, y desprecia todo en nombre de la santa obediencia. Cualquier condescendencia de tu parte a este sombrío cuadro satánico, por leve que sea, es siempre una ruina para ti y sería en vano cansarte creyendo que harías algo por tu alma siendo condescendiente con la insinuación satánica maligna, sería la mayor ilusión y el completo derrumbe de vuestra ruina» (*Ep. III*, pp. 984-985).

Pero es sobre todo en la contemplación del amor de Cristo por nosotros, donde se puede comprender el sentido de la verdadera humildad; escribe siempre el Padre Pío: «Sobre todo llevad después vuestro pensamiento sobre las aniquilaciones que el Hijo de Dios sufrió por nuestro amor. El pensamiento de los sufrimientos y de las humillaciones de Jesús quiero que sea el objeto ordinario de tus meditaciones. Si practicas esto, como estoy seguro que lo haces, en poco tiempo experimentarás sus frutos saludables. Una meditación así, bien hecha, te servirá de escudo para defenderte de la impaciencia, aunque el dulcísimo Jesús te mande trabajos, te ponga en alguna desolación, quiera hacer de ti un blanco de contradicción.» (*Ep. III*, p. 58).

Obra de la gracia

No puedo ocultar que muy a menudo he sentido incomodidad cuando he oído hablar con cierta complacencia, del rigor usado por el Padre Pío en la confesión; a menudo los medios de comunicación lo han hecho objeto de curiosidad y de espectacularización, sin poder explicar el porqué de determinadas actitudes. Mientras tanto, es necesario precisar que la moral cristiana es ejercida por la Iglesia y tendría algunas dudas para sostener que la del Padre Pío era diferente de la de los otros sacerdotes.

Distinto es el discurso pedagógico: no podemos negar que con frecuencia alzaba la voz, reprochaba duramente a alguien y que en más de una ocasión negó la absolución sacramental. El que ha conocido al Padre sabe muy bien cuánto podían costarle aquellas fotos, que estaban muy lejos del carácter áspero que se le atribuía.

Si tratamos, en la medida de lo posible, de comprender este rigor, es necesario considerar, como testimonian muchas personas, que el Padre Pío tenía un verdadero horror por el pecado, en cuanto se daba cuenta de que el hombre estaba cerrando el corazón a la gracia de Dios que obraba en él. Volvamos, pues, al concepto ya expresado: no era el pecado, aunque grave en sí, lo que provocaba su reacción, sino la indiferencia o la dureza del corazón de quien, a pesar de pedir perdón, no sentía la necesidad de volver a poner la presencia de Dios en primer lugar en su vida.

En este sentido, era verdaderamente el profeta de la reconciliación, ponía en primer lugar la reconciliación del hombre con Dios, pagaba el precio ofreciéndose víctima por los pecadores, pero al mismo tiempo exigía que el penitente fuera consciente de la gran ocasión que se le ofrecía.

Posponer la absolución no era una condena, ni poner en evidencia infligiendo humillaciones públicas (algo que, por otra parte, Padre Pío no hacía), sino ofrecer un tiempo para reflexionar o empujar a la persona a romper los aplazamientos. Porque muchas veces la gracia de Dios ya había obrado y faltaba una sacudida, como si dos hubieren cavado un túnel, por una parte el Señor y por la otra el remordimiento del hombre, y quedaba ya la última lengua de roca muy sutil para poner en comunicación los dos túneles: el reproche, la falta de absolución hacían caer las vacilaciones y la misericordia podía prevalecer.

Misioneros de la reconciliación

Por su parte, el Padre Pío se hizo responsable ante Dios por cada alma que le fue confiada. Cuando, en la carta en la que le pide convertirse en hija espiritual, Assunta Di Tommaso añadía: «La pequeña imagen que me ha enviado me produce un gran placer; no podría darme un mejor regalo. Siempre lo tendré presente y espero que, con la ayuda divina, grabe mejor en mi alma lo que significa para mí. ¡Dios bueno! Jesús cargando sobre sus hombros la oveja descarriada que él, con mucha dificultad, ha encontrado. También a mí, Jesús me hizo encontrar en ti otra ovejita que andaba casi errante fuera de su redil. También me hizo oír su voz en voz alta para que llevara sobre mis hombros a esta ovejita mía y la cuidara, para poder presentarla un día en el banquete eterno. Le prometí en el secreto de mi corazón y confío en permanecer fiel a esta santa promesa» (Ep. III, p. 396).

En San Giovanni Rotondo, los hijos e hijas espirituales del Padre Pío se convierten en sus colaboradores en esta obra de acompañamiento a su ministerio de confesor. A menudo, las personas que vienen de lejos dejan sus realidades, sus familias, a veces incluso sus trabajos, para instalarse junto a él y, poco a poco, se forma una especie de monasterio invisible de oración para la conversión de los pecadores.

Cuando hablamos de ser personas de reconciliación nos referimos ciertamente al ámbito de nuestras relaciones humanas, pero para los Grupos de Oración hay una misión particular, recibida precisamente del Padre Pío: sostener con nuestra oración a los sacerdotes que ejercen su ministerio como confesores. En particular, en aquellos días en los que -ya en todas las parroquias- hay liturgias penitenciales o simplemente tiempos particularmente dedicados a la confesión, es allí donde se puede conocer la fidelidad de los hijos espirituales y de los Grupos de Oración, al carisma del Padre Pío.

Evidentemente, en este punto cobra aún más importancia la opción de ser comunidades reconciliadas, que sepan, con humildad y mansedumbre, construir una pequeña iglesia, hecha de comprensión y ayuda recíproca.

La excesiva personalización de los Grupos, la necesidad de horarios y funciones a conveniencia, el afán de protagonismo y la necesidad de sacar a relucir los talentos, no siempre contribuyen al crecimiento de una comunidad. Por el contrario, la capacidad de percibir las necesidades de una parroquia, de acompañar con la oración el apostolado del sacerdote e, interiormente, el deseo de perdonarse a sí mismo y de vivir en esa humildad que nos hace semejantes a Cristo que lo dejó todo, para hacerse semejante a nosotros, nos podrá ayudar a ser Grupos de Oración y de reconciliación.

La novena cuerda es el canto de la Iglesia, el cortejo de los que son bienaventurados porque van al encuentro del Cordero. Así celebraremos a Dios al final de nuestra vida, así podremos celebrar a Dios si a través de nuestro apostolado somos misioneros de misericordia y reconciliación.

Obreros de la reconciliación

Un día el padre Pellegrino, un poco porque le gustaba bromear, un poco para suscitar una reacción en el Padre Pío, había comenzado a burlarse de fr. Constantino, un anciano hermano lego que pasaba sus días arrastrándose por los pasillos y rezando el rosario. El Padre Pío lo reprendió duramente diciendo: «Este hombre atrae sobre sí la mirada de la Virgen y a sus oraciones se debe la salvación de muchas almas. Tú crees que los penitentes son atraídos por el confesor y, en cambio, yo te digo que son impulsados al arrepentimiento por estas oraciones ocultas». Dándose cuenta de que el padre Pellegrino creía poco en esta defensa del hermano, precisó: «No hablo así por estúpida humildad. ¡Es la verdad! ¿Cómo es posible que los hombres cambien corazón y cerebro? ¿Por la fama del confesor? ¡Te estás quedando sin comprensión, si eso crees! Algunos corazones solo pueden ablandarse en la presencia de la Madre Celestial. Y la Madre Celestial escucha a estos hijos devotos de la Iglesia y desciende a la tierra. Es decir que ella se hace fuerte precisamente por las oraciones de estos hombres que tú consideras inútiles».

PRINCIPIOS CONSTITUTIVOS DE LOS GRUPOS DE ORACIÓN

Las raíces constitutivas de los Grupos de Oración se inspiran en la Exhortación apostólica de Juan Pablo II *Christifideles laici* (n. 30). Ellas son:

- *Vocación de cada cristiano a la santidad*

Vida coherente con la fe y con las bienaventuranzas. Vivir en plenitud los sacramentos, la liturgia y la religiosidad popular.

- *Responsabilidad de confesar la fe católica*

Confrontación con la Palabra de Dios, con los documentos del Papa y de las conferencias episcopales, del Director General para el conocimiento de la espiritualidad del Padre Pío.

- *Testimonio de comunión con el Papa y los Obispos*

Disponibilidad para acoger las enseñanzas, las disposiciones y las orientaciones pastorales que hacen al Grupo "faro de luz" en conformidad con el testimonio de San Francisco y de San Pío.

- *Participación en el apostolado de la Iglesia*

Evangelización y colaboración activa con la Iglesia local para llevar el anuncio del Evangelio.

- *Presencia en la sociedad humana con la caridad activa, a la luz de la doctrina social de la Iglesia*

Participación y solidaridad para construir condiciones más justas y fraternas en la sociedad humana. Es oportuno prestar atención a las necesidades de la Casa Alivio del Sufrimiento entregada por San Pío a los Grupos de Oración. Además, es necesario no subestimar las necesidades de los necesitados, especialmente de la parroquia y del barrio.

(Reglamento de los Grupos de Oración, Premisa, n. 4)

Oración al Sagrado Corazón de Jesús

¡Oh Jesús mío!, que dijiste:

“en verdad os digo pedid y obtendréis, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá”.

He aquí que yo llamo, busco y pido la gracia que tanto necesito.

Padre Nuestro. Ave María. Gloria al Padre

Sagrado Corazón de Jesús, en ti confío y espero.

¡Oh Jesús mío!, que dijiste:

“en verdad os digo todo lo que pidáis a mi Padre en mi nombre, Él os lo concederá”.

He aquí que a Tu Padre, en tu nombre, pido la gracia que tanto necesito.

Padre Nuestro. Ave María. Gloria al Padre

Sagrado Corazón de Jesús, en ti confío y espero.

¡Oh Jesús mío que dijiste:

“en verdad os digo pasarán los cielos y la tierra, pero mis palabras jamás”.

He aquí que apoyado en la infalibilidad de Tus santas palabras pido la gracia que tanto necesito.

Padre Nuestro. Ave María. Gloria al Padre

Sagrado Corazón de Jesús, en ti confío y espero.

Oh Sagrado Corazón de Jesús,

a quienes es imposible no tener compasión de los infelices,

ten piedad de nosotros, pobres pecadores,

y concédenos la gracia que te pedimos

por intercesión del Corazón Inmaculado de María, tuya y nuestra tierna Madre.

San José, padre adoptivo del Sagrado Corazón de Jesús, ruega por nosotros.

Salve Regina